

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 12 de Octubre de 1899

Núm. 464



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



FRANCISCO GÓMEZ SOLER.

† el día 30 de Septiembre.



F. Gómez Soler

Si hay un dolor terrible, que supera á la pesadumbre de perder á un sér querido, es ciertamente la de verse obligado á rendirle homenaje de admiración con la pluma, no festejando sus triunfos, sinó recordando sus glorias. Pregonar los méritos del amigo con ocasión de su muerte ¡cuán triste es! Mientras se escribe se agolpan á la imaginación multitud de recuerdos que antes fueron gratos, y ahora se convierten en motivo de tristeza, y cuando se habla de su valía, grita el corazón subiéndose al pensamiento para guiar á la mano: «¡y él ya no está ahí!» Nó, está allá, lejos, en la eternidad, donde se apaga el eco de todos los aplausos humanos.

Pero, en fin, el periodista es el eterno héroe por fuerza, obligado por el Destino á castigar sus propios sentimientos devorándolos, como devora el Tiempo á sus hijos, constreñido á razonar cuando todos sienten el abandono reparador de la Naturaleza desolada; á pensar cuando todo es confusión en el pensamiento, y las ideas se rebelan á obedecer los mandatos de la voluntad. Para todos el dolor es mudo, y siendo mudo, expande sus consuelos en el alma afligida; para el periodista nó; para el periodista el dolor ha de ser elocuente y comunicativo, y lo que es más sensible aún, casi, casi vocinglero.

Pues este caso general toma horribles proporciones en nosotros tratándose del malogrado amigo. Era Gómez Soler muy querido y respetado en esta casa, y al rendir este cariñoso homenaje á su memoria no podemos obscurecer la impresión del amigo muerto, para tributar loores al artista.

¿Qué hemos de decir de él? Todo el testimonio de admiración que guardamos fresco y se conservará perenne en nuestra alma, resultaría pálido ante el triste deber de decirlo. Gómez Soler era artista, y eso no necesita la confirmación de nuestra palabra, porque bien alto lo proclaman sus obras. La modestia, la incorregible modestia que, si es virtud admirable del talento, tantas victimas produce en un país donde el medro se consigue á golpes de incensario, era lo sobresaliente de su carácter bondadoso. Pero con ser tan viva y fuerte en él no consiguió rebajarle una sola de las conquistas á que le conducía su mérito. Procuraba él retraerse del aplauso, pero no resultaba obscurecido jamás. Pudo conseguir más brillantes y efímeras vanaglorias, pero al menos era sólido su triunfo. No caeremos en la vulgaridad de afirmar que debió brillar más alto: Gómez Soler estaba ahora en la mitad de su carrera, en ese periodo en que alcanzando el hombre la plenitud de su vida empiezan á resolverse las promesas todas, iniciadas durante los entusiasmos de la juventud.

Aprovechado alumno de la Escuela de Bellas Artes, logró imponerse pronto y brillar en la ilustración, sobresaliendo entre el emjambre de dibujantes que se formaron á la sombra de los semanarios cómicos y satíricos. Gómez Soler fué solicitado en todas partes, y no sólo en las hojas volanderas, pues en muchos libros andan las inspiraciones de su lápiz animando las escenas ideadas por la pluma del escritor. Había conseguido personalizarse en su arte, cosa más difícil de lo que parece.

Podríamos acumular aquí datos y amontonar recuerdos, pero preferimos reproducir algunos de sus dibujos que muestran la variedad de su temperamento, fijando discretamente en estas cortas líneas el testimonio de nuestro cariño imborrable al pobre amigo; á quien acaba de arrebatarnos la muerte traidora con tan cruel golpe, que aun nos parece que de nuevo le vamos á ver, y aun no nos convencemos de que haya desaparecido de nuestro lado para siempre jamás.

LA REDACCIÓN



De los recuerdos y apuntes que recogió Gomez Soler en su viaje por Suiza, formó esta mesa revuelta; está bien grabada la impresión que produce en el ánimo de excursionista aquel país montañoso, áspero y poético á la vez por donde fluyen el Rhin, el Ródano, el Pó y el Danubio, y que ha inmortalizado entre los pueblos libres Guillermo Tell.

María Ana



Jorge volvió la cabeza inclinándola un poco, sin suspender la operación que tenía entre manos, y examinó socarronamente á la curiosa. Estaba ésta en actitud de encaramarse, con un pie en el coche, cogida á la portezuela, y ofrecía á los ojos agudos é inquisidores del pasajero un perfil gracioso, limpio. La pesquisa no fué cansada. Sonrió Levia y repuso:

—Ahora hasta Carcagente; allí hay cambio de tren.

Turbóse ella, y se la vió vacilar; humilló al suelo la mirada, y levantándola resueltamente, volvió á inquirir:

—¡Pero no irá usted á Valencia!

Sonó el repiqueteo de una campana: el mozo del fanal pasó á lo largo del convoy, cerrando, en rápida maniobra, los vagones.

—Nó — replicó Jorge — sigo por la línea de Madrid. Pero suba usted. Van á dejarla en tierra.

La entrometida echó sobre el diván una manta de viaje y saltó ligera sin servirse del apoyo con que le brindaba su improvisado caballero. Hizo sonar su silbato el jefe de estación, y la locomotora respondió conmoviendo el aire con su voz chillona, aguda, alegre, de fiera que olfatea la libertad; saludóla respirando salvajemente; levantó una densa y brillante columna de humo, que se convirtió á poco en nube negrísima, y comenzó á trepidar soltando manotadas y resoplidos monstruosos. En breve la estación quedó atrás, perdiéndose, confundiéndose entre las sombras de la noche.

* * *

Ya no se veían fuera del vagón más que los campos tristes, silenciosos, sin luz, como una mancha negra; el ambiente era sutil, húmedo, frío, impregnado de las emanaciones que se escapaban de los arrozales; la desconocida abandonó el ventanillo y fué á sentarse delante de Levia, en el centro del coche. Callaban los dos. Él la contemplaba á hurtadillas, queriendo adivinar en aquel rostro de virgen,

mudo, dulce, no sé qué desatinadas historias. Tenía en frente un libro más de la existencia. ¿Cómo sería? ¿De páginas negras? ¿de páginas blancas? Sentía extraña voluptuosidad no abriéndolo, prolongando aquel mutismo. Por fin lo rompió:

—¿Y usted dónde va?

Miróle ella con franca y serena expresión; Jorge saboreó, entre sorprendido y curioso, la mirada: aquellos ojos grandes, de pupila negra, no se turbaban, no ardían, no mostraban recelo ni susto; eran ojos de inocencia; velaban indiferentes el pensamiento dormido; no había pasado por ellos la ráfaga violenta de pasmo ninguno. No recordaba haber visto nunca, ni aun en las doncellas, otros ojos así. La interpelada contestó candorosamente:

—A Murcia.

¿Pues y la voz? Era de un sonido argentado, cristalino, rumoroso, como el que produce la perla cayendo en una copa; era voz candorosa, angelical. Cuando ella abrió la boca salió perfumado el huelgo; parecía que acababan de destapar un pebetero: diría él que sí.

—¿A Murcia? Yo pensaba dirigirme á Valdehumbroso por Alicante: mejor me gusta ver el mar que las montañas; el panorama es más risueño; las sales dilatan los pulmones; el alma se da un baño de azul. Luego, aquellas umbrias de Elche, con sus bosques de palmeras, ¡qué hermosas son! ¿No ha estado usted nunca en Alicante?

—Nó, nunca.

—Es una ciudad blanca, encendida, acariciada por el sol.

Callaron otra vez; pero ahora Jorge la miraba de frente, sin que hubiera osadía ni descaro en sus ojos; sin hacerle mal.

—¿Conque á Murcia? — prosiguió mansamente, como si se lo contara á sí mismo en coloquio con su propio pensamiento. — A esa ciudad hay que mirarla desde la vega, para no perder la alegría de la luz, el encanto de la fronda, el perfume de la flor. Me asusta el laberinto tortuoso de sus calles: hasta los árboles se mueren de tristeza dentro, ¡tan alegres como están fuera, en la campiña asoleada! No importa; pasaré por Murcia. De este modo no le faltará compañía en todo el viaje; ¿quiere?... ¿Cómo se llama usted?

—María Ana.

—¡Qué nombre tan bonito! ¿Y es usted de Murcia, de la propia Murcia? Claro, sí: ¡vaya

qué tonto! Lo lleva en la cara escrito. ¡Tiene usted los ojos más hermosos que he visto en toda mi vida!

Y los ojos no se inmutaron, no ardieron; no los conmovió el sonrojo; ninguna idea empujó á los glóbulos de la sangre ni tiñó en vivo carmín las mejillas; la pupila no perdió aquella serena placidez que tanto asombraba á Jorge; los labios no se entreabieron para sonreír; el busto adorable se estuvo quieto, como si fuese escultura.

—Pues sí, le agradezco que me acompañe hasta Murcia. No sé por qué he sentido temor cuando me he visto en el andén de Oliva. Estaba aquella estación tan apagada, tan triste, tan negra ¿verdad? Los que andaban por allí solos, sin hablarse, parecían sombras ¿verdad? ¡Y aquel hombre tan tapado en la manta! ¡y aquel cura tan alto, tan sombrío! Yo había tomado billete de segunda, pero al notar que se metía usted aquí, he avisado al jefe que deseaba ir en primera. No me explico por qué, mientras paseaba usted junto á mí, allá abajo en el andén, me ha inspirado usted confianza, aliento, ánimo. Este señor, me dije, te amparará como si fuese tu hermano ó tu amigo, si te ocurre cualquier cosa. ¿Verdad?

¿Su amigo? ¿su hermano? Jorge se dió una palmada en las rodillas al mismo tiempo que profería mentalmente: «¡Justo!» Quedaba resuelta la duda; sabía por qué le miraba serenamente su compañera de viaje; conocía el secreto de aquella tranquilidad de espíritu reflejada en el mirar infantil, tranquilo, agradable, apacible en suma, que no recelaba ni temía al chocar con el de un desconocido. Sintió no sé qué ternura paternal, de hermano mayor: ¿que si la protegería? ¡Vaya! ¿A ver quién osaba agraviarla ni hacerle daño? Y como no contestara ningún felón al reto, ni se ofreciera acometer ninguna aventura ó apercibirse contra ningún peligro, Levia buscó gigantes qué rendir en su imaginación siempre ardorosa, dispuesta á forjar fantasmas quiméricos y pavorosos. Se fijó entonces en la color quebrada de aquel rostro inconmovible: era blanco, con esa blancura mate que pone un sello especial en las naturalezas exangües, aniquiladas por el padecimiento ó la pesadumbre. Dijo alto:

—¡Virgen, qué pálida está usted!

Ahora sí que sonrió María Ana: ¡había soltado aquella frase Jorge con acento tan mimoso!

—No es nada. Siempre estoy así. Sólo en los cuartos menguantes me pongo algo morena, nó mucho; como si no me lavase bien la cara; parece que la luna y yo somos muy buenas amigas.

—¿Pero está usted bien? ¿No siente usted frío?

—Sí, un poco; me molesta el airecillo húmedo que se cuele por ahí.

Levia se levantó y cerró la ventanilla; acercóse á María Ana y levantó amorosamente la pañoleta que se le caía sobre los hombros con los movimientos de los brazos y los sobresaltos del tren.

—Gracias. Pasará en seguida esto.

La serpiente de hierro interrumpió el coloquio, lanzando por el cañón de la chimenea su silbo espantoso, penetrante. Los anillos disminuyeron el empuje, se arrastraron á poco con lánguida pereza, cesó su traqueo confuso, y los pasajeros que no dormían aún, se agolparon á las ventanas. Se oyó la voz del mozo canturreando soñoliento, como si bostezara: «¡Gandía, cinco minutos!»

—¿Desea usted algo? ¿quiere usted bajar? — preguntó Levia á María Ana.

—Nó, nó.

Aquellas atenciones aquel cariño inflamado súbitamente, hizo que, por asociación de ideas, despertara en el cerebro de Jorge la imagen de Antonia, en quien no había pensado desde que se presentó en el coche la bella murciana. Si no en un caso igual, moralmente, había comenzado el idilio de sus amistades con circunstancias parecidas: sólo que entonces los papeles estaban invertidos: la hermana mayor era ella; él quien sentía miedo, horror, necesidad de gozar las dulzuras maternas, el fuego de la protección amorosa. ¿Iba á repetirse en su existencia el desastre? ¡Bah! Seguro estaba de su amor á la viuda, de mandar en sus pasiones, del imperio ahora decidido y seguro de su voluntad. ¡Cuidado si era tonta aquella imaginación! ¿Acaso no estaba bien marcada la diferencia en las dos mujeres? ¿Quién era Antonia? Una señora guapísima, elegante, excelsa, que no admitía comparación con otra criatura humana. ¿Y María Ana, quien era? ¡Calle! Pues no lo sabía. Una mujer joven que viajaba con él, en primera; vestida como una lugareña, pero con ropaje rico, gracioso. ¿Y por qué no la acompañaba nadie? ¿Cómo iba sola por esos mundos de Dios?

—¿No tiene usted familia?

—Tengo á mi pobre madre, impedida, sujeta á la esclavitud de un sillón. A usted le habrá extrañado verme así, sin compañía ¿verdad? Es por eso. Yo he venido á Oliva para asistir á la última hora de un tío, hermano de mi padre, soltero, sin más deudos ni parientes. Le enterramos la semana última, pero me he entretenido hasta hoy para arreglar el asunto de la herencia. Estas cosas son muy tristes, ¿verdad?

Hacia rato que el tren continuaba su marcha vertiginosa; pasaban las estaciones como puntos luminosos dejando en el espíritu del viajero una impresión extraña; la impresión de

LA SAETA

la vida aletargada, que se despereza un instante y vuelve á dormitar. Fuera, todo seguía envuelto en sombras y penumbras; en el vagón habíase quedado traspuesta María Ana, arrebujada en su manta de viaje. Bajó Jorge en Jaraco, y como allí sólo se detuviera el tren un menguado minuto, no anduvo tan diligente que pudiera volver al coche con todo sosiego y comodidad. No se hizo señal de campana, y lo mismo fué oír el maquinista la orden de marcha, que dejar libre para moverse á la locomotora.

Levia llegó corriendo, jadeante, y sólo tuvo espacio para saltar al estribo y asirse fuertemente á los hierros de la portezuela en el primer vagón que se le ofreció, aun á riesgo de perder el equilibrio y dar de bruces.

Alegróse de que le hubiera ocurrido tan extraordinaria aventura, y aun intentó gozarla á su sabor, manteniéndose en tan apurada actitud durante algunos minutos; tenía aquel espectáculo cierto tinte salvaje, que excitaba su sensibilidad; llegaban á sus oídos voces confusas, como si estuviesen lejanas, y sin embargo, salían del interior de los coches. Parecía que él no formaba parte de la expedición, que no le llevaba el tren como á los demás pasajeros, sino que se sentía atraído, arrastrado en su marcha vertiginosa; el aire le azotaba con furia en la cara, produciéndole un cosquilleo delicioso; envolvíale de cuando en cuando un denso remolino de humo, y se representaba lo que sería cabalgar en una nube por las altas regiones de la atmósfera. Estaba allí el cielo nublado y todo era en torno suyo pavorosa obscuridad; sólo se iluminaba el trayecto, en breve espacio, delante, por los fulgores del farolillo de la máquina y los de la caldera; la luz parecía correr también, huir medrosa, perseguida por el mónstruo de hierro.

De pronto éste refrenó sus impetus: cruzaban entonces la pintoresca curva de Vall-digna y era peligroso correr. En este punto faltó poco para que Jorge, turbado por la sorpresa que experimentó, no soltara la abrazadera que le servía de apoyo, yendo á rodar desde el terraplén hasta el declive que conduce al valle hondo, profundo: era que había visto saltar á un hombre, de un lado de la vía, al convoy; abrir el coche de primera y meterse dentro. Levia fué avanzando entonces todo lo aprisa que pudo, agarrándose á las ventanillas y á los pasamanos hasta dar con su departamento. Se detuvo un segundo para inquirir caute-losamente lo que pasaba en el interior. Ocurriósele que podía haber avisado á la pareja de civiles, al jefe... pero ya no era ocasión oportuna. Convenía ahora obrar con rapidez, osadamente.

El intruso estaba vuelto de espaldas; había ido á observar en la otra ventanilla si por aquel lado se acercaba el revisor, sin duda. Jorge abrió resueltamente la portezuela; se plantó junto al hombre de un salto y le agarró por un brazo en el momento en que aquel lo levantaba, armada la mano de tremendo cuchillo.

J. F. LUJAN



— He soñado que los hombres eran como los mosquitos; lo peor es que son como ellos y no basta este banico para espantarlos.

F GÓMEZ SOLER



Después del baile.

Un tipo original

La única ambición que Ambrosio tenía era la de ser hombre original, verdaderamente original. Era en él aquel deseo manía, verdadera obsesión que le hacía andar trastornado, pensando siempre en los medios de que había de valerse, para que todo lo que hiciera resultase nuevo, y sobre todo, de marcada originalidad.

En sus primeros años de hombre hizo versos; pero se encontró con que para hacerlos tenía que ajustarse á reglas. Sus versos, pues, resultaban lo mismo que los demás; aquello no era original en la forma, por lo menos, y por consiguiente, dado su *apetito* de originalidad, dejó de tener tratos con la lira, ya que tan manoseada había sido por los poetas.

Con la prosa le ocurrió lo mismo: no encontraba más que frases hechas ya por otros, y veía con pena que, para la expresión de las ideas, no había más que aquel medio tan trillado.

En vista, pues, de que nada podía conseguir en el campo de las letras, se decidió á ser original en otras cosas. Empezó por dejarse crecer el pelo, pero ¡oh, dolor! Los artirtas, los malditos artistas, se habían tomado la libertad de ir hechos unos raros: y llevar largo el pelo, no era *puramente* original.

Quiso distinguirse por el modo de vestir, y fué el marco de cuantos sastres había en la capital. Las hechuras de sus trajes eran famosísimas, y Ambrosio fué, durante algún tiempo, el hazme-reir de todo el mundo; los chicuelos le seguían y hubo ocasión en que se vió precisado á bailar, para quitarse de encima á la patulea menuda de desarrapados.

Sin embargo, de lo mucho que sufrió por su



manía, él estaba un poco contento con su caprichoso y original modo de vestir. Pero, estaba escrito: Ambrosio no podía tener un momento de tranquilidad. A poco si le cuesta estar enfermo el haber visto un día que cierto sujeto llevaba un traje de igual tela al suyo. Se fijó en este detalle y vió que muchos vestían lo mismo en calidad, aunque de distinto modo.

No se curó de su chifladura, y buscó con afán en su imaginación.

¡Aquello sí que no se

le había ocurrido á nadie, absolutamente á nadie! Fijarse en una mujer bonita; aprender su domicilio, averiguar su nombre, y enamorarse de ella perdidamente, sin decirle nunca nada, sin descubrirse, haciendo todo lo posible por hacer que aquel amor fuera en aumento, hasta que abrasado en aquella pasión muda, sin esperanzas, se viera en el triste caso de levantarse la tapa de los sesos.

Eigió por dama de sus pensamientos á una morena, muy guapa y elegante. Dos meses llevaba siendo la sombra de aquella mujer; alimentando su amor estúpido; haciéndola con la imaginación el sér más perfecto del universo, cuando quiso su mala suerte que una mañana viera salir á la mujer idolatrada vestida de blanco, con la corona de las vírgenes en la cabeza y el ramo del simbólico azahar en el pecho.

El pobre Ambrosio que amaba con delirio á su bello ideal, sintió, dentro de sí, una impresión brusca: los celos habían penetrado en su alma desgarrando brutalmente las fibras más sensibles. Empezó á sufrir locamente y caminó atolondrado todo el día, sin darse cuenta de su verdadera situación, ni acordarse siquiera de su amor á la originalidad.

Y cuando llegó la noche, con sus visiones tenebrosas, después de pasar por delante de la casa de su amada, y de oír los alegres gritos que salían por los balcones, desesperado, loco, se fué á

su casa, se encerró en su habitación y, sin dejar escrita una línea, se descerrajó un tiro en la sien derecha.

No murió en el acto dando tiempo á que le condujeran á la casa de socorro.

Allí se personó el juzgado, y al preguntarle la causa de su funesta determinación dijo, mientras sonreía amargamente:

—Cuestión de originalidad: yo he sido siempre un tipo muy original.

—¿Y por eso ha terminado usted como un suicida vulgar?

Ambrosio no contestó: cerró los ojos apesadumbrado y murió pensando en que no había podido ser original.

RAFAEL RUIZ LOPEZ.



La reina de las flores

Cañitas

He de poner tu retrato
en un marquito de flores;
¡que no hay nada más hermoso
que estar donde te conocen!...

Son las ilusiones más
pajaritas de papel,
cuanto más grandes más pronto
se las puede deshacer...

Dame un clavel de tu pecho
para entregar á mi madre;
¡que flor que adorna á la Virgen,
puede estar en otra imagen!...

I. ENRIQUE DOTRES

DIBUJO ORIGINAL DE F. GÓMEZ SOLER



EL AMOR Á FINES DEL SIGLO XIX

La lengua

En cada época ha dominado al mundo un objeto distinto.

La humanidad, por no desmentirse nunca á sí misma, ha sido consecuente con su inconsecuencia; ya cazándose á sí propia como una fiera, ya conquistándose por medio de la espada, ya ocultándose hipócrita tras de la cruz, ya manifestándose cínica al través de la lengua.

Sus evoluciones causarían risa, si no fueran tan tristes. La humanidad atraviesa la época más cómica de su vida; pero cómica á la manera de Fígaro: lleva la risa en los labios y el luto en el alma. Máscara que se disfraza de arlequín para asistir á la farsa pública del Carnaval de la existencia, y

que, al retirarse al hogar, seca los ojos húmedos de lágrimas con las mangas bicolors de su disfraz.

Desde que sucumbió la buena fe, ha principiado el imperio de la lengua.

La lengua es una diosa cruenta en cuyos altares sacrificamos muchas víctimas (léase acreedores).

Hoy la lengua lo es todo.

En virtud de sus progresos, hemos llegado á la feliz situación de no entendernos; más afortunados que nosotros, los irracionales, no hablan y se entienden.

Nosotros estamos tan civilizados, esgrimimos tan bien la lengua, que hablamos ya según nos conviene, y decimos lo que no sentimos ni creemos; quédase el hablar lo que se siente y el decir lo que se cree para los tiempos salvajes; la cultura y la diplomacia nos han acostumbrado á vivir de la mentira, y nos han aclimatado en el terreno de la farsa, como si ésta constituyera el estado normal del hombre.

¡Cuánto ha progresado la lengua!...

Pero me equivoco: la historia me recuerda en este instante que padezco un error... no hemos progresado... hemos retrocedido hasta la Torre de Babel... sí, hemos retrocedido. ¡Aquel castigo de nuestros padres es nuestra situación perenne!

Todos nacemos con lengua, pero no todos podemos vanagloriarnos de poseerla tan meritoria que nos asegure la conquista de la reputación, de la gloria; esto sólo está reservado para los oradores.

El que nace orador, ha nacido con el talento en la punta de la lengua, y hablando, hablando, atrae la celebridad, la evoca, la llama.

El gran prurito de los tiempos modernos consiste en hablar: hoy todo el mundo habla, de lo que entiende y de lo que ignora.

Ya no nacen, como en la antigüedad, filósofos que enseñen á callar á sus discípulos; al contrario, hoy se aprende instintivamente á hablar, para engañar al público.

La charlatanería y el empirismo han levantado hasta las nubes su trono ilegítimo en el siglo XIX.

Esta es la época de los grandes ¡habladores.

La diplomacia es la ciencia suprema de



Soberana... esquivada.

Rentlinger.

nuestros días, y cada individuo es un pequeño Tayllerand: como la diplomacia es la ciencia de engañarnos hábilmente unos á otros, la lengua es hoy un instrumento muy útil, y puede decirse que ha llegado al refinamiento de su civilización.

Hemos averiguado que la lengua es un tesoro, y tratamos de explotarlo. Hoy se vive de la lengua, como otros días se vivía del trabajo y de las rentas. ¡Qué mayor renta que una lengua dócil, multi-forme y aduladora, en esta época de farsa y de gran espectáculo!...

Casi todos nuestros actores viven de la lengua; si tuvieran que vivir de la inteligencia, tendrían que morir.

El abogado jamás reuniría clientela, carecería de pleitos, aunque fuese sabio, si no desplegara elocuencia en la banqueta.

¡Cuántos diputados medran por la lengua y cuántos otros no medran porque callan!... La gran influencia del diputado consiste en la palabra.

El discurso pronunciado por un verdadero orador populariza su nombre con más facilidad que cien discursos de primer orden impresos en un libro. Las palabras engarzadas convenientemente, con ilación lógica, constituyendo estilo brillante é intencionados períodos patéticos, y con el claro-oscuro de la entonación conveniente y propia, que se escapan de la garganta por medio de la voz articulada del sér racional, convencen, fascinan y subyugan con más encanto y con mayor rapidez que las más profundas ó más inspiradas obras del ingenio del hombre.

Shakespeare lo ha dicho: ¡Palabras! ¡palabras! ¡palabras!

He aquí la síntesis de la sabiduría humana.

He aquí por qué en la época del progreso es preciso hablar y hablar bien.

Hoy no se puede callar.

Las mujeres han comprendido ese axioma moderno, y juegan con su lengua como Adelina Patti con su privilegiada laringe.

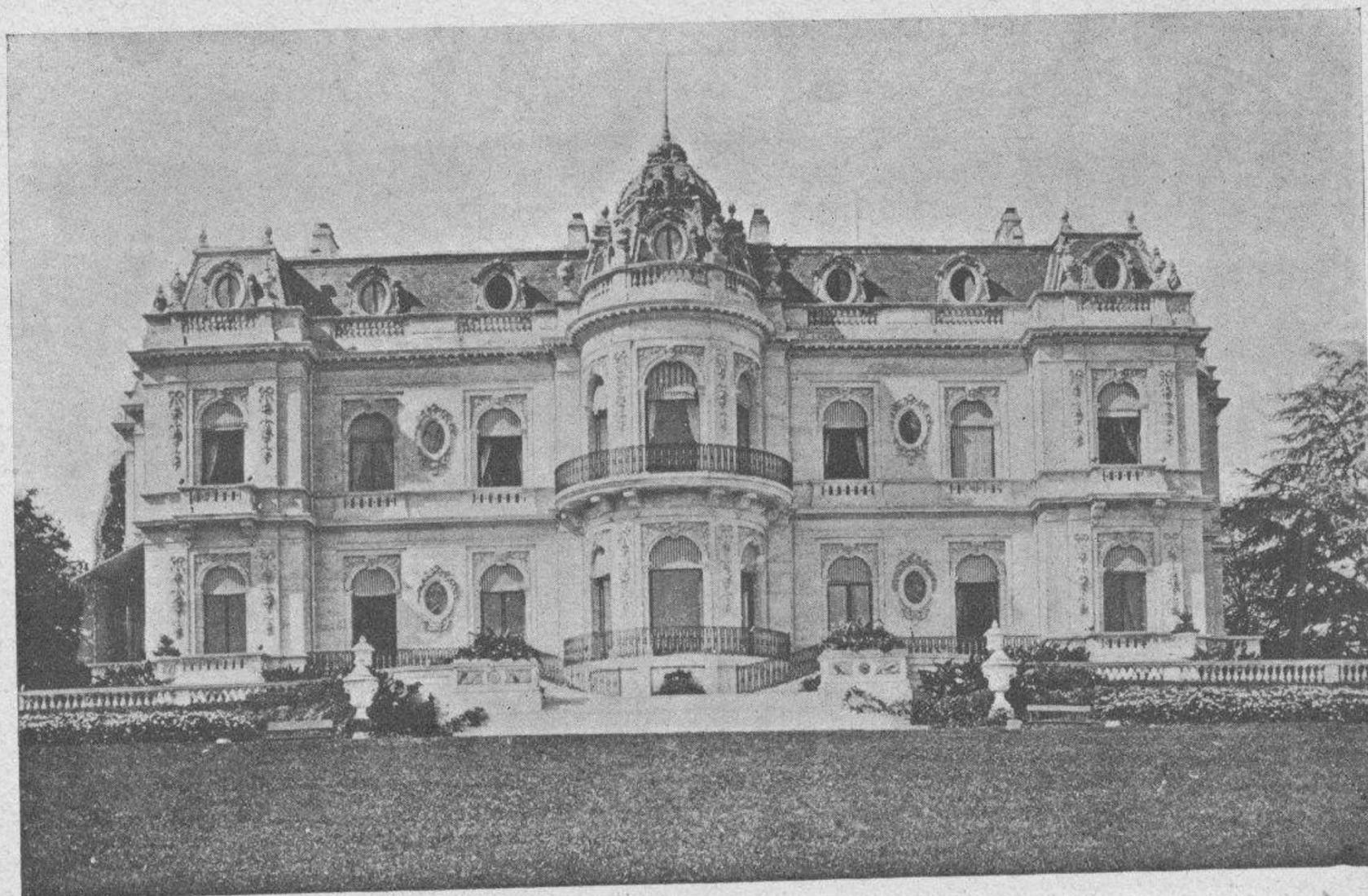
Las mujeres en el manejo de la lengua dan quince y falta al sexo masculino.

Encontraréis alguna mujer que no sea coqueta, alguna que no se componga y adereze, alguna que diga la verdad, pero es mucho más difícil encontrar alguna que sepa callar, si exceptuáis las mudas de nacimiento. Yo sólo he encontrado una en el ya largo curso de mi vida.

Muchas veces me asalta la idea de que Eva debió ser la inventora del lenguaje, y que enseñó á hablar á Adán en el Paraíso; ¡qué no son capaces de inventar las mujeres!...

¡Qué imaginación tienen en la lengua!... Como que en ella lo suelen tener todo, alma, sensibilidad, constancia, etc., etc.

En la lengua de las mujeres están estas y otras cosas, que tienen el gravísimo inconveniente de



Castillo de Rothschild en Pregny.

LA SAETA

dependen todas ellas de la lengua de las demás... y con esta se causan unas á otras más daño que causan las máquinas de exterminio que la civilización ha inventado para la guerra.

¡Dios nos libre de una lengua viperina!

En este punto estoy por la lengua de fuego del Espíritu Santo.

La lengua nos puede perder ó salvar.
Dios no hace nada á medias.



Divetta, POR F GÓMEZ SOLER.

Si muchos hombres de hoy no hubieran desechado la vergüenza como un trapo viejo, y la dignidad como una cosa que ya para nada sirve, quedaríanse mudos, confundidos por su ruín proceder y pobres; pero su desgracia y su cinismo les aprovecha para hacerles hablar como habla la honradez, como habla el trabajo, como habla la desgracia.

Con la lengua fresca y oportuna, y con traje rico y bien cortado, se puede hoy aspirar á todo; para nada hacen falta la honradez, el mérito, ni los servicios; bastan traje y lengua.

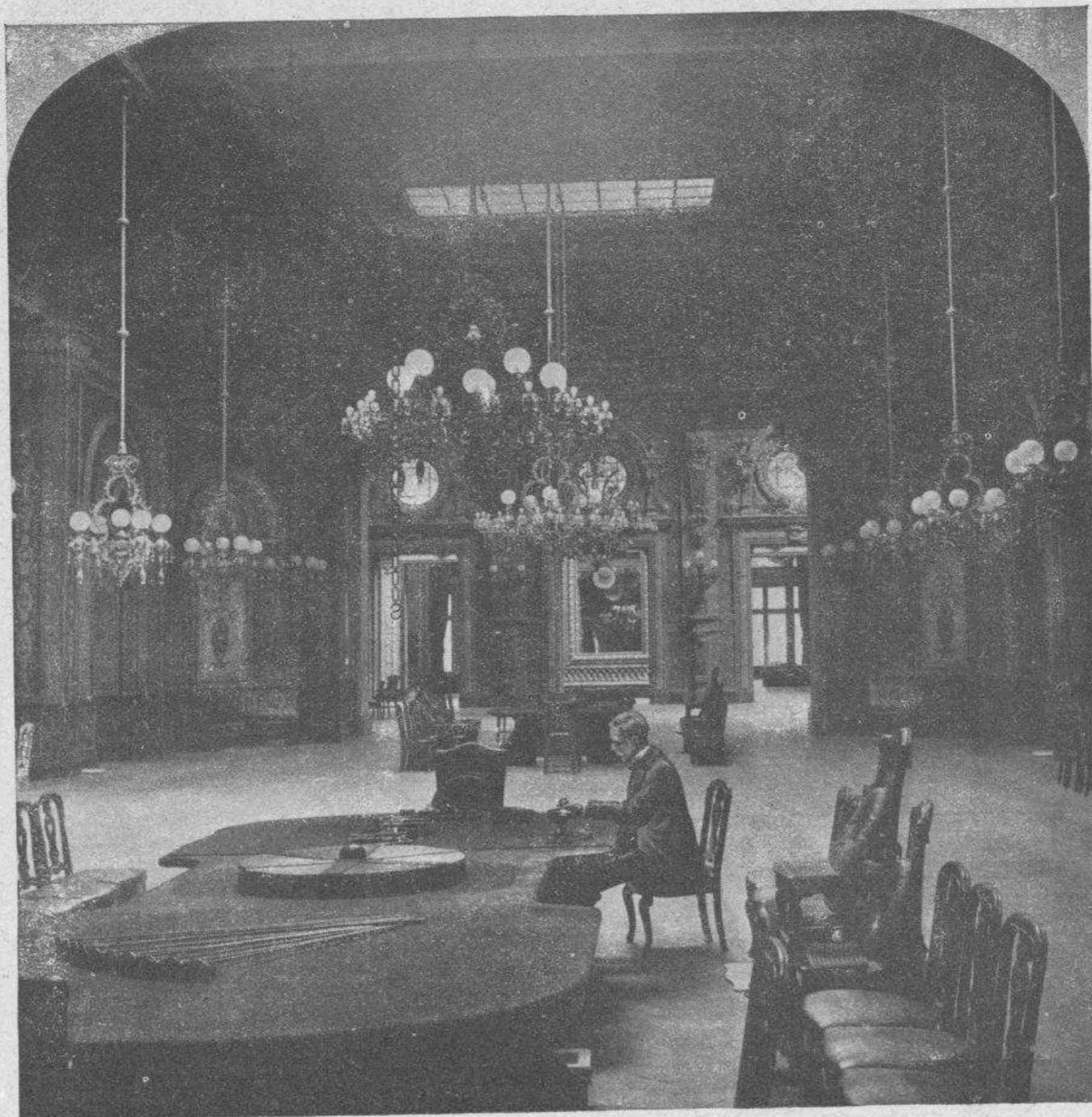
El dinero es la gran palanca que mueve el mundo de hoy. Los ingleses, con su lenguaje matemático, han dicho que el tiempo es dinero; pero nadie ha dicho hasta ahora, que yo sepa, que *la lengua es dinero*. Y es positivo: en esta época la lengua es dinero; como el dinero es capacidad, como la osadía y el cinismo son medios de hacer carrera, como el favor es mérito y los servicios papeles mojados, y como la buena fe y la lealtad son recuerdos históricos... Por eso vivimos en la Torre de Babel.

Desde que nos civilizamos por la boca, la humanidad hiede; y es que arrojamos por la lengua los hálitos corrompidos del cadáver de nuestra moralidad, que no podemos desalojar completamente del corazón.

Los perros valen más hoy que muchos hombres: el que hace un beneficio á un semejante suyo, suele en cambio crearse un enemigo en la persona que recibe el favor: el perro lame a mano que le hiera, acariciando al amo para apaciguar su cólera. La lengua agradecida del perro vale más que la lengua asquerosa del ingrato.

¡Dichosos los sordos que gozan del privilegio de no oír!

Los sordos pueden desafiar impunemente á esos charlatanes perpetuos, á esas máquinas de hablar puestas en continuo movimiento que á los que tenemos expedito el órgano auditivo, nos hacen perder el tiempo, la paciencia y el humor. Los sordos pueden jactarse de no oír esos estupendos bombos que se tocan á sí mismos escritores inmodestos, cómicos del kilómetro y artistas de relumbrón. Los sordos, en fin, pueden esquivar el oír todos los días esos largos parlamentos fundados en el yo eterno, con que nos abruma las personas más insignificantes de la sociedad, y los mil y un dispa-



CASINO DE MONTECARLO. Sa ón de la Ruleta.



Alta goma en el Liceo.

tes, las sandias teorías y las estupideces serias con que maltratan nuestros oídos muchos séres, al parecer racionales.

Torciendo el uso de la lengua, se abusa infinitamente de su poder.

Lo que se nos concedió como medio poderoso para comunicar á la humanidad la verdad, el arte y la ciencia, se ve hoy trocado por la falsa ilustración en instrumento que encubre el engaño, la mentira y las intenciones indignas ó pérfidas.

Iba á maldecir la lengua, pero conozco que sin ella no habría civilización posible: quizás permaneciéramos aún en el estado primitivo de naturaleza .. como deseaba J. J. Rosseau. Y acaso hubiera sido preferible: puede que así gozáramos de pèrpétuo paraíso terrenal... ¡Ah, nó!... me acuerdo de la serpiente.

¡Dios nos libre de lenguas venenosas!...

JACINTO LABAILA



—Créeme, Felisa: el amor consiste en eso, en disfrazarse bien Si nos presentáramos tal y como somos...
no nos amaríamos

Cuento

El amor es tonto.

Era Juana una moza tan barbiana,
que no había en la aldea
ni un solo mozo sin la firme idea
de casarse con Juana.

Por las mil diferentes pretensiones
maestra en contestar diciendo:—«Nones»,
ahondando más y más de Juan la herida,
esta carta escribióle distraída.

«Tanto me quiere mi papá querido,
su amor es tan vehemente,
que aunque ya no soy niña, francamente,
pensar en un marido,

tedio, vergüenza y frialdad me causa»...

Hizo trás estos puntos una pausa,
¡y cogiendo infraganti el padre á Juana
le pegó una paliza soberana!

LUIS ESTERO Y L. DE HARO

Idilio

(Del lemosín)

El naranjo sus hojas entrelaza
por tu vieja mansión;
cuando la noche llega y te desnudas
encubre pudoroso tu balcón.

Las avecillas á sus verdes ramas
acuden á dormir;
y en el tronco hacen nido las palomas
porque les gusta estar cerca de tí.

Y cuando sale el sol, se oye la risa
de la banda sin par:
descubren que te vistes y se callan
y curiosas á verte dentro van.

VICTOR YRANZO SIMÓN

(Traducido por CLAK).



Porque fleché un corazón,
aquí estoy encarcelada.

Sin la hermosa libertad,
¿qué gano con ser sultana?

Hoias de album. POR F. GÓMEZ SOLER



Fiesta veneciana.

MISCELANEA

El papa Julio II, que á la edad de noventa años puso sitio á la Mirandola, había encargado á Miguel Angel que le hiciera su estatua.

El célebre escultor, no sabiendo qué objeto colocar en la diestra del Pontífice, le preguntó:

— ¿Santo Padre, queréis que os ponga un libro en la mano?

— Ponedme una espada, le contestó Julio II, que la sé manejar mejor.

Á Doña Tula, invitaron al banquete de una boda, y ella, abusando del novio, llevó á Pepito y á Lola, que son un par de muchachos que molestan é incomodan y obligaron á enfadarse á todos los de la boda: tanto, que al repartir dulces el hermano de la novia, á ellos, por revoltosos tan sólo les dió *dos tortas...*

Cuando repartió los pases el empresario de un teatro, equivocó el de Don Pepe y se lo entregó á Don Pablo. Y éste, con aire resuelto decía:— No lo rechazo, porque veo que la errata de la empresa ha derivado. Pero conste que no admito ningún *pase cambiado...*

MORENO

Cierto gracioso, al ver una carreta de la cual tiraba un malísimo rocín, se acercó y le dijo al carretero:

— ¿Cuánto quieres por tu caballo?

El carretero sin incomodarse, levantó el rabo á la bestia y dijo al gracioso:

— Entre usted en la trastienda y tal vez nos arreglaremos.

CHARADA

Puesto que hay esa *dos prima* de hacer versos, actualmente, ¿qué importa que yo ahora salga con una *Todo* inocente? Como que no es *dos segunda*, es fácil de adivinar y cualquier tonto, *tercera* la solución sin tardar.

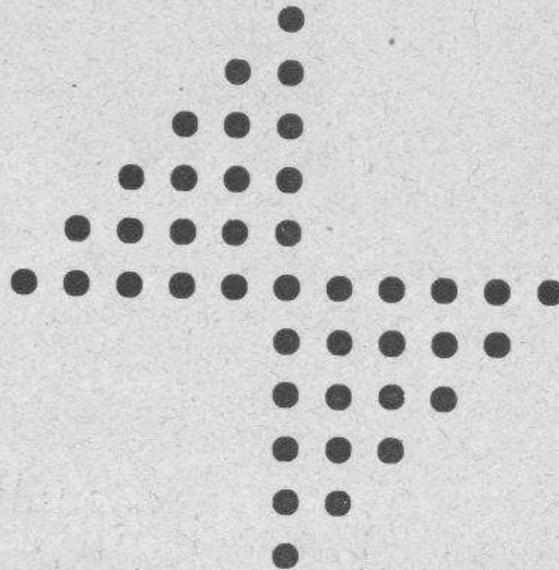
UNO DE SAN GERVASIO.

Jeroglífico comprimido

se si so su bo
Toro

PEDRO N. ARROYO.

Triángulos



Substituir los puntos por letras de manera que se lea: 1.^a línea vertical y horizontal, población española; 2.^a, ídem; 3.^a, parte animal; 4.^a, mineral; 5.^a, consonante y 6.^a, ídem. Y en el 2.^o triángulo: 1.^a línea, astro; 2.^a, imperativo ó afirmativo; 3.^a, consonante; 4.^a, artículo y 5.^a, cifra romana.

P. LUQUÍN.

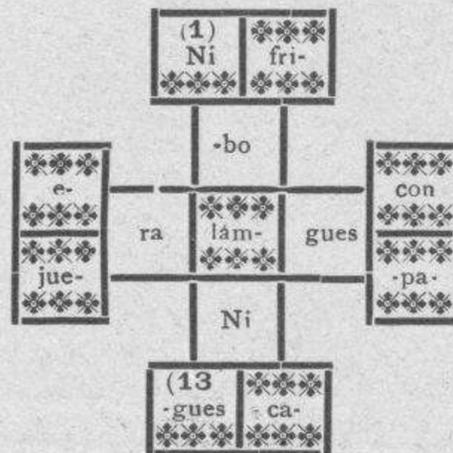
Castillo numérico

3 5	8 3	4 2	— Descanso.
4 5	8 3	4 0	— Maceta
1 2 3 4 5 6 7 0			— Fortaleza.
1 2 3 4 5 6 7 2			— Región española.
1 2 4 2 6 8 9 0			— Anteojo.
2 3 4 5 6 7 2			— Fragmento de madera.
9 0	4 2		— Canción española.
4 5	6 2		— Flor.
6 5	7 2		— Idem.
1 0 6 5 6 7 2			— Resto de cigarro.
8 6 2 3 4 5 1 0			— Prenda interior.
1 8 6 8 3 4 5 2 7			— Lo del cielo.
1 2 3 4 8 6 7 0 4 8			— Villa de Teruel.
4 2 3	2 9 0		— Carne accinada.
5 3 6	8 4 2		— Islita.
1 2 3	2 1 2		— Prenda de vestir.
1 2 4	8 4 0		— En los triángulos..
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0			— Castillete.

Léase en toda la línea horizontal.

IGNACIO CANAS.

Aforismo militar en salto



Empieza en la casilla (1) y termina en la (13).

IGNACIO CANAS.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS. — Adela, Alamo.

CRUZ. — RA
EN
REGINA
ANISIA
NI
AA

CANDELERO NUMÉRICO. — Candelaria.

TRIÁNGULO. — DOMECIO
OCULAR
MUÑON
ELOY
CAN
IR
O

TARJETA. — Dante Alighieri.

Correspondencia

Manolé. — «Le mando la adjunta poesía y mi retrato para que vea por el último que no le engaño como otros y soy casi un niño; consérvelo como un debil testimonio de mi admiración.»

¡Ay, ay, ay, Manolé,
qué rebonita cara tiene usted...

¡Y qué versos tan malos!

Fray Cabriola. — Son muy bonitos, los publicaré.

J. S. y F. — Esta sí que ha llegado; la otra no lo sé, no lo recuerdo. Si tuviera que indicarle cuantos defectos hay en sus cantares necesitaría emplear para V. toda la correspondencia. Primeramente, no son cantares; después, la versificación es muy defectuosa; le remito al «Arte de hacer versos» de Trueba, donde con mayor sencillez para los que desconocen ó no han comprendido la retórica, se explica lo que V. pide. Verá como, ó no escribe más cantares, ó los escribe usted bien.

P. Luquín. — Gracias por sus ofrecimientos. Se publicará.

S. L. O. — ¿También usted desea que señale faltas? En usted sí que resultaría el cuento del enfadoso. ¡Pero si no tiene la noción más elemental de lo que es un verso! ¡Si escribe usted *berso*, por equivocación, puesto que el pensamiento le dictaba *berzal*! Aunque nó: ha sido miedo; si pone usted *berza*, ya sé lo que pasa: se almuerza usted el papel, y no hubiera usted tenido la satisfacción de remitirme la siguiente

Saeta:

Una palabra sola,
una palabra de tus labios diamantinos
para que pueda
postrado humilde de rodillas
darle gracias á Dios.»

I, C. — Irán casi todos. Tiene usted un ingenio envidiable.

J. P. — No está mal versificado; pero ese mismo cuento se publicó en la Miscelánea del núm... aunque en prosa. Escriba usted algo más, si quiere y en tono festivo.

M. C. — Juraría que el acertijo que me ha mandado, lo había rechazado en otra ocasión.

L. B. — Pues, hijo, lo que es las *soleras* no me convencen. En cuanto á lo otro conste que no tiene bueno más que la idea... y estas cosas van despacio.

A. R. S. — Lo siento, pero ¡se ha abusado tanto de esa nota! Busque otros asuntos, pues versifica usted con bastante soltura

Copio este fragmento de su idilio trágico:

«Obscuridad completa.

LA JOVEN. — ¡Pobre madre! ¡Pobre madre!

EL VIEJO — Lloremos por ella: lloremos por ella.

EL CIEGO. — Ha volado en pos del ideal de las almas; el ideal de las almas es el goce de Dios. Goza de Dios.

EL CORO. — ¡Pobre madre! ¡pobre madre! ¡pobre madre!

¡Adios Maeterlink!

Lo que me ha entusiasmado es la acotación: «obscuridad completa.» Es lo más recomendable de ese trágico idilio. Diga usted ¿y se deja usted también crecer el pelo?

Linco. — Utilizaré parte. Tenga en cuenta que se escribe M antes de B ó P.

E. S. M. — Otro filósofo:

«La vi yendo de blanco á la iglesia
qué obscura estaba santo Dios.

Después seguí el cortejo hasta la casa
vi entrar á los novios con dolor

—¿Ya? ¿y con dolores ambos está usted seguro?

Se quedaron solos en la estancia
entornaron el balcón

y yo me dije triste y pensativo
¿qué va á pasar, oh Dios?

--¡Hombre, vaya usted al cuerno!—oigo decir á uno que lee por encima de mi hombre lo copiado. Y ahí le mandarán á usted cuantos se enteren de sus «*inspiraciones.*» Pero no, vale más que espere usted diez minutos en la acera acechando *lo que va á pasar, oh Dios*; pues lo que va á pasar es, por lo menos, una comadrona que se encargue de aquellos novios con dolor, tan jóvenes y ya tan desgraciados.

Escríjanse. — Entran en turno.

Fray Teógenes. — ¿De modo que si usted tuviese la seguridad de que había de aceptarle la composición no la mandaría? Eso es un contrasentido... ó es algo peor. Para que vea que siempre soy imparcial en mis juicios, no lo tomo en cuenta. La excusa que dá respecto de la no originalidad de los cantares usted comprenderá que no puede tomarla en consideración el público.

Hace usted bien en no darse por vencido á las primeras de cambio: lo de hoy me gusta. Mande usted la firma.

Laticas. — Aprovecharé algo.

L. V. — No recuerdo si es que no le contesté por no haberlo recibido ó porque era muy malo. Probablemente por lo último, según veo en la copia

 Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



CR 2 -
RA
KA
HEGNA
ANOLA



20 cénts.

Núm. 465

